

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem y una lámina de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

BOSSUET.

SU INFANCIA Y SU JUVENTUD.

Jacobo Benigno Bossuet, nació en Dijon el 27 de setiembre de 1627; era hijo de Benigno Bossuet, abogado y consejero de los Estados de Borgoña, que tomó el título de señor de Assú. Era este en aquel tiempo un oscuro nacimiento, porque esa nobleza de toga, sumamente reducida, no brillaba al lado de la belicosa y antigua nobleza feudal, que dominaba todavía á la Francia desde lo alto de sus poderosos terratenientes, y se apoderaba en el Estado como en la Iglesia de todas las posiciones elevadas. Bossuet no fué en su punto de partida mas que un joven poco rico, sin protectores y casi sin nacimiento; pero el genio suplió á todo.

La infancia de Bossuet fué una de esas infancias estudiantas que anunciaron á todas las altas reputaciones del gran siglo; era tan avaro de su tiempo, estaba tan constantemente encadenado al estudio, que sus jóvenes condiscipulos, jugando con ese nombre que debía despedir tan vivo resplandor entre los mas bellos nombres de Francia, le llamaban *Bossuetus Aratro*. Estudió hasta la retórica con los jesuitas de Dijon. Estaba en segundo año, cuando encontró por acaso en la biblioteca de su padre, una Biblia latina, de que se apoderó despues de haber leído con avidez algunos de sus pasajes. Era la primera vez que leía la Biblia; esta lectura le hizo experimentar una admiración próxima al estorpe. Ese lenguaje inspirado que semeja en ciertos sitios al estallido del rayo, y cuya gracia poética sobrepaja á todo en muchos otros; esos grandes imágenes orientales, esos altos y profundos pensamientos, tan análogos á su genio, se apoderaron de él y le trasportaron de tal modo, que jamás olvidó esta primera impresión, y habló de ella frecuentemente en otras épocas de su vida con una animación arrebatadora; la

jóven águila había fijado por primera vez en el sol su atrevida mirada, y el sol no le había hecho bajar los párpados.

Los jesuitas, que han adivinado siempre ese cierto genio de sus discípulos, descubrieron al punto el tesoro que poseían en la persona del jóven retórico, y demostraron su gran deseo de adquirirlo para su sociedad; pero los padres de Bossuet ambicionaban algo mas para él, y deseando que el jóven que tan bellas esperanzas daba, desarrollase su talento en una escena mas vasta, le enviaron á Paris en 1642 para estudiar allí la filosofía.

Una circunstancia dramática servia para fijar en la gran memoria del jóven estudiante de provincia la época de su llegada á Paris. En el mismo día el cardenal de Richelieu moribundo hacia allí su entrada en medio de un pueblo silencioso y aterrado. Diez y ocho de sus guardias le conducian con la cabeza descubierta en

dispuesto á escribir lo que le dictase. Acababa de dejar en Lyon al jóven Cinq-Mars y al presidente de Thou entre las manos del verdugo.

Poco tiempo despues, Bossuet meditaba al lado de la cama-importal de ese ministro, que habia oscurecido con su esplendor la pálida estrella del rey, meditaba este alto pensamiento que tan admirablemente desarrolló mas tarde: *Dios solo es grande.*

En el colegio de Navarra fué donde estudió la filosofía; pero no limitó á ella sus estudios. Aprendió el griego y leyó todos los historiadores, todos los oradores, todos los poetas griegos y latinos, con tan grande atención, que sabia de memoria los mas bellos pasajes.

Sus autores favoritos eran Homero, Virgilio, Demóstenes y Ciceron. La oracion *Pro Ligario* era en la que estudiaba mas la elocuencia. Estos estudios no impedian al jóven ahata dedicar una gran parte de su tiempo á la lectura de la Sa-

grada Escritura, cuya belleza le impresionaba mas que ninguna otra cosa; sabia la Biblia de memoria.

Su primera tesis de filosofía hizo mucho ruido, y le valió elevadas amistades é ilustres conocimientos. El marqués de Montansier le presentó á la marquesa de Rambouillet, cuyo palacio era lugar de cita de todas las celebridades de la época. A ruegos de la marquesa, compuso el jóven estudiante en algunas horas sobre un objeto dado, un sermón que pronunció en seguida ante un gran concurso, reunido espresamente para oírle. Boiture, que estaba en el número de los oyentes, dijo con este motivo, con ese género de espíritu mordaz que recordaba los *concelli* de Italia, y que estaba entonces muy á la moda, que jamás habia oído predicar tan pronto ni tan tarde. Eran las once de la noche cuando Bossuet predicaba aquel sermón singular, y no tenia el orador mas que diez y seis años.

Bossuet continuó sus estudios en el colegio de Navarra con el mayor éxito; despues de haber terminado la filosofía se dedicó á la teología, y la tesis que sostuvo el 25 de enero de 1648, en presencia del gran Condé, fué el origen de la amistad que este príncipe, que habia hecho grandes estudios y era buen apreciador del mérito, le conservó hasta su muerte.

Bossuet, que habia sido nombrado muy joven canónigo de Metz, no habia recibido todavía las órdenes cuando resolvió dedicarse particularmente á la predicación, hacia la que le impulsaba su gusto. Habia leído en Ciceron y en Quintiliano que la pronunciación es una parte esencial del arte oratorio, y fué algunas veces á tomar lecciones de ella al teatro; pero se privó de ir luego que recibió las órdenes. Consultado un día por Luis XIV



Bossuet.

una habitación portátil, construída de tablas y forrada de damasco. Al lado del temible ministro, cuya alta política hacia retroceder todo ante él, estaba su secretario, sentado á una mesa y

nunciación es una parte esencial del arte oratorio, y fué algunas veces á tomar lecciones de ella al teatro; pero se privó de ir luego que recibió las órdenes. Consultado un día por Luis XIV

que era apasionado por ese género de diversion, acerca de la cuestion de los espectáculos, respondió con la delicada finura de un cortesano y la dignidad de un prelado cristiano: «¡Ay, señor, grandes ejemplos en pro, y razones incontrovertibles en contra.»

Sufrió el grado de licenciado en 1650, y sostuvo su sorbonica ó tesis académica el 9 de noviembre del mismo año. En 1654 tomó su grado, durante este tiempo había estudiado con la constante aplicación que le distinguía, los Padres y los concilios. Santo Tomás era su maestro en la escolástica; jamás se separó de su doctrina, cuyos principios encontraba mas conformes á la doctrina común de la Iglesia y á la de San Agustín, su doctor favorito, que los de las otras escuelas. Brilló mucho en las tesis y discusiones, que sostuvo para obtener su licenciatura; sin embargo, no obtuvo mas que el segundo lugar; el primero se dió al abate Banéc, cuyos enlaces aristocráticos colocaban en el mundo en una posición muy distinta que al hijo de Jacobo Benigno Bossuet, abogado del parlamento de Dijon. Como estaba acostumbrado á ver doblegarse todo ante el privilegio del nacimiento, no se admiró mucho de esto, y lejos de irritarse, el hombre de genio trató íntima amistad con su dichoso conrincante, y admiró al mundo en seguida por la reforma de la Trapa. Bossuet estuvo á punto de immortalizarse de otro modo escribiendo su vida, para la que había recogido numerosas memorias; pero abandonó esta idea con la urbanidad propia de la época, cuando supo que monsieur Mareuil se ocupaba de ella á instancias de Jacobo II, rey de Inglaterra.

Bossuet recibió la orden del presbiterado en la cuaresma del año 1652; á fin de prepararse á él, se retiró á San Lázaro, donde tuvo en alta veneración á San Vicente de Paul, quien le asoció á la compañía de los eclesiásticos conocidos bajo el nombre de *Señores de la Conferencia del Martes*. Bossuet tenía costumbre de decir, que despues de Dios era dador á San Vicente de Paul de su piedad y celo por la disciplina eclesiástica.

Volvió en seguida á Metz, á donde le llamaba su deber de canónigo y archidiacono. Allí fué donde se inauguró en la carrera de la controversia, radiando á las súplicas del obispo de Augusta, que se había espantado del peligroso éxito de un folleto, producto de la pluma de un hábil ministro protestante, llamado Paul Ferri. La refutación de Bossuet fué tan concluyente, que el partido calvinista quedó derrotado, y lo que no es menos notable, el teólogo protestante y el teólogo católico, su vencedor, se unieron con tan íntima amistad, que solo la muerte pudo interrumpir.

Consolador es encontrar sentimientos elevados en un hombre de genio; porque el genio es á las veces independiente de la nobleza de alma. Bossuet, que era tan firme é inflexible cuando se trataba de defender los grandes intereses de la fé, era el hombre mas desinteresado del mundo cuando no se trataba mas que de sus propios intereses. Habiendo vacado en 1662 el donato de Metz, se le ofrecieron los canónigos de unánime consentimiento. Era este un gran asunto de fortuna y de honores; pero un anciano canónigo que ambicionaba morir dean de Metz, fué á verse con su jóven compañero; allí le espuso sencillamente su deseo; Bossuet no se contentó con apoyar con todo su crédito las pretensiones de su conrincante, y explicarse en ese sentido con el cabildo, sino que se ausentó de Metz el día de la elección, por temor que su presencia fuese un obstáculo. Habiendo muerto dos años despues el anciano canónigo, fué nombrado dean Bossuet.

Los asuntos de su cabildo y los suyos, le llamaban frecuentemente á Paris, donde adquirió pronto por sus predicaciones una brillante reputación. Hasta entonces la elocuencia del púlpito era mezquina; no se empleaban en ella mas que lugares comunes, frases enfáticas y figuras de mal gusto; Bossuet la elevó de repente á una altura prodigiosa. Nada igualaba á la fuerza de sus argumentos, á la magestad de sus imágenes y á la profundidad de sus miras; se separaban de él persuadidos, arrebatados. «Se baia á todo trance con su auditorio, decía Mad. de Sevigné, y cada uno de sus sermones es un combate á

muerte.» Predicó el Adviento del año 1661, y la Cuaresma de 1663 ante el rey, en la capilla del Louvre. Tanto le agradó á Luis XIV, que hizo dirigiesen sus reales felicitaciones al padre del jóven orador.

En 1663 pronunció Bossuet su primera oración fúnebre, oración que le fué inspirada por un sentimiento noble. Mr. Cornet, mayordomo de Navarra, obtuvo las primicias de esas altas inspiraciones, en las que el talento de Bossuet no tuvo rival. Se encuentra en ella una frase que conmueve. Despues de haber hablado de los talentos y virtudes de ese protector de sus jóvenes años, dijo el grande orador con noble sencillez y efusión piadosa: «Puedo rehusarle algunos frutos de una imaginacion que ha cultivado con una bondad paternal, ó negarle alguna parte en mis discursos, cuando tan frecuentemente ha sido el juez y censor de ellos?»

Bossuet continuó predicando en la ciudad y en la corte, en medio del aplauso general. La facilidad con que improvisaba sermones, en que frecuentemente estaba sublime, sobrepaja á lo creíble. Ponia de ordinario en el papel su plan, su texto, sus pruebas, sin ocuparse para nada de los giros, de las voces ni de las figuras; decía que si hubiera querido tomar otro medio, su accion hubiera sido lánguida y su discurso cansado.

SU ANCIANIDAD Y MUERTE.

Un mérito tan notable no podia quedar sin recompensa en un reinado como el de Luis XIV; habiendo quedado vacante el obispado de Condom, se lo dió el rey á Bossuet el 15 de setiembre de 1669. Desde su episcopado fué cuando pronunció sus inmortales oraciones fúnebres; Voltaire encuentra la de la reina Ana de Austria todavía poco digna de su gloria; pero la de Enriqueta de Francia, reina de Inglaterra, donde se encuentra el admirado retrato de Cromwell, no fué eclipsado sino por las tres obras maestras, que son los diamantes de la eloquencia francesa: las oraciones fúnebres de Le Teller, de Mad. Enriqueta de Inglaterra, y del príncipe de Condé. El mismo año en que Bossuet fué nombrado obispo de Condom, Luis XIV le eligió para preceptor del delfín; el gran orador aceptó por obediencia, é impidiéndole su posicion en la corte poder desempeñar las funciones episcopales, hizo al punto dimision de su obispado, habiendo muerto Mr. de Chatelet, uno de los cuerrenos de la Academia francesa, el año 1671, fué elegido Bossuet en su lugar, y dió gracias á sus nuevos compañeros en un discurso, del que decía Mr. de Bussy en una de sus cartas: «He leído el discurso de Mr. de Condom á la Academia; es magnífico; no me sorprende, porque nada hace que no sea lo mismo.»

Bossuet se ocupaba entonces de la educacion del delfín. Era ayudado por el sabio Huet, despues obispo de Abranches, y por el duque de Montausier, ayó del real infante; los tres no consiguieron mas que sacar un hombre mediocre, y no fué suya la culpa; al mas hábil lapidario le seria imposible hacer de un simple guijarro un rubí ó un diamante. Si la cabeza del delfín quedó vacía á despecho de la ciencia que se derramaba en ella, su educacion produjo en cambio una obra maestra, cuya duracion igualará á la de la lengua francesa; queremos hablar del célebre discurso sobre la historia universal, que hace seguramente de Bossuet el primer historiador del mundo. Esta obra inmortal debia ser seguida de una segunda parte que hubiese llegado hasta el reinado de Luis XIV. No habiendo vivido bastante tiempo Bossuet para construir ese monumento de mármol y granito, un escritor pasado, porque las gentes mediavas tienen una dosis de amor propio verdaderamente sorprendente, tuvo el atrevimiento de encargarse de ello, y aquella maravilla de eloquencia, de erudicion, de lógica y de genio, tuvo por complemento la crónica descañada de Mr. de Sabarrey; los antiguos, mejor aconsejados, tuvieron el buen sentido y el buen gusto de dejar sin concluir la última obra maestra de Apéles.

Tambien compuso Bossuet para la educacion del delfín una obra admirable, aunque menos célebre: la Política, sacada de las propias pala-

bras de la Escritura Sagrada. En esta notable composicion, el moralista cristiano se atreve á señalar con mano firme y atrevida los deberes de los reyes, y prescribir á los príncipes, absolutos entonces, la rectitud del corazón, el amor de la ciencia, de la verdad, y sobre todo de la religion; esa base sagrada de los imperios que jamás vacila sin que tiemblen los tronos. Bossuet, aunque muy ocupado por sus deberes cerca del jóven heredero presuntivo de la monarquía, no perdía de vista la conversion de los protestantes; publicó en 1671 una esposicion de la doctrina católica, acompañada de la aprobacion de los arzobispos de Reims, de Thours, de los obispos de Chalons, de Uzès, de Meaux, de Grenoble, de Tull, de Auxerre, de Tarbes, de Bonier y de Aulun; la del arzobispo de Paris faltaba; Bossuet se consoló de ello obteniendo la de Roma.

Este libro consiguió un gran número de conversiones, y Basmaje convenia de buena fé, en que había hecho mas daño al protestantismo que todos los gruesos volúmenes de controversia publicados hasta entonces.

En medio de sus numerosas ocupaciones, Bossuet, que hallaba tiempo para el recreo y tiempo para el trabajo, siguiendo el consejo de la Escritura, se había formado una pequeña sociedad de hombres escogidos, en medio de la que gustaba pasearse por una calle del pequeño parque de Versailles, á cuyo sitio tenia mas afición que á ningún otro, sin duda por su soledad. La corte brillante de Luis XIV, compuesta de gentiles-hombres habituados á representar en el fondo de sus castillos el papel de pequeños soberanos, se mantenían modestamente á cierta distancia, y abandonaban al hombre de genio, cuya gloria atraía su veneracion, aquella calle favorita, que se llamaba, por una alusion espiritual á los paseos de Platon en los Jardines de Atenas, Jardin de los Filósofos. Cuando el rey mas magestoso de la Europa descubría de lejos en aquella parte retirada del parque á Bossuet, acompañado de Fenelon, de Pellisson, del abate Fleury, de Labruyere y otros hombres eminentes, que se gloraban de ser sus discípulos, le designaba á sus cortesanos, y murmuraba con una sonrisa en la que se descubria cierto aire de respeto: *Eso grande birrete me impone.*

Y en efecto, le imponía hasta el punto de que en el momento de ceder á las instancias repetidísimas de Mad. de Maintenon, que queria ser reconocida reina de Francia, fué detenido en aquella peligrosa pendiente por la mano enérgica del gran obispo, que se opuso bastante, para á riesgo de una desgracia casi segura, impedirle fuese objeto de la burla de la Europa.

Terminada la educacion del delfín, Luis XIV volvió á la Iglesia el rico tesoro que le había por algun tiempo tomado prestado, y habiendo quedado vacante el obispado de Meaux, el rey nombró á Bossuet para ocupar su vacante el año 1681.

Desde que fué obispo de Meaux, volvió á predicar, y dió á luz muchas excelentes obras, que le dieron justamente el título de primer controversiata de Francia; la mas considerable fué la historia de las Variaciones, que embarazó mucho á los protestantes, y provocó entre sus mas sabios ministros, tanto franceses como extranjeros, y entre Bossuet, una polémica que produjo tal sensacion, que el padre de la Rue atestigua en la oracion fúnebre de ese grande obispo, ó mas bien de ese padre de la Iglesia, como le llama tan juiciosamente La Bruyere: «Que las obras de Bossuet estaban esparcidas hasta en las montañas de la Escocia y entre las nieves del Norte, que sus prosélitos publicaban sus triunfos en lenguas que Mr. de Meaux no entendia; que muchos protestaban que á no retenerlos en su país sus cargos, hubiesen venido desde los estremes del mundo á Meaux para tener tres horas de conferencia con él.»

Mientras que Bossuet añadia ese nuevo florón á su gloria por sus obras polémicas, se trató de reunir la Iglesia luterana de la Confesion de Augsburgo, á la Iglesia católica, y los mismos protestantes se dirigieron al obispo de Meaux, como el mas sabio prelado de la Francia, para trabajar en aquella reunion. Desgraciadamente no pudo tener lugar, habiéndose estrallado todas las negociaciones contra el concilio de Tren-

to, esa roca de la Iglesia Católica, de que no se puede separar sin perderse, y que en vano los protestantes baten en brecha tanto tiempo.

Algun tiempo después, habiendo estallado una disputa bastante viva entre la corte de Francia y la Santa Sede, con motivo del derecho de regalia, Luis XIV convocó una asamblea general del clero, de la que Bossuet fué el alma. El fué quien redactó las cuatro famosas proposiciones sobre el clero de Francia, y que constituyen lo que se llama las libertades de la Iglesia Galicana. La primera de esas proposiciones declaraba que el concilio general era superior al papa; la segunda, que ni el papa ni la Iglesia universal tienen poder alguno sobre el poder temporal de los reyes; la tercera, que el poder del papa debe estar limitado por los cánones, y que no puede hacer ni establecer nada que sea contrario á las libertades de la Iglesia Galicana; la cuarta, en fin, que el papa no es infalible, á no ser que esté á la cabeza de un concilio ecuménico.

Hacia el año 1694 fué cuando estalló la célebre discusion de Bossuet y Fenelon, á propósito del quietismo, Mad. Bayon, especie de loca que se tenía por iluminada, había atraído á su nueva espiritualidad á muchos personajes ilustres, de los que el más célebre era Fenelon, director del duque de Borgonya y arzobispo de Cambray. Los dos atletas eran dignos de medirse: la misma firmeza, la misma virtud, el mismo celo por la religion, gran saber en las dos partes; si la elocuencia de Bossuet no tenía igual, la imaginacion brillante, la seducción del lenguaje de su adversario le mantenían casi á su altura. El primero defendía la religion contra los errores que inquietaban su alma positiva y austera; el otro pecaba por exceso de amor á Dios.

Fenelon, entonces arzobispo de Cambray, dió á luz una obra, á la que dió el título de Explicacion de las máximas de los santos sobre la vida interior. Bossuet leyó este libro, se alarmó por él, y denunció á Fenelon al rey, aplicándole el epíteto muy violento y muy poco merecido de fanático; es la única falta de moda. El destierro de Fenelon fué el resultado de este paso. Fenelon dejó el asunto al juicio de Roma, y los dos adversarios comenzaron entonces esa célebre controversia en que los escritos más animados y más elocuentes se sucedieron durante diez y ocho meses con una rapidez que no dejaba respirar al público; hasta tal punto llegaba la admiracion de los dos adversarios.

Hubo, sin embargo, una diferencia notable entre los escritos de estos dos hombres superiores, á través de torrentes de elocuencia, Bossuet perdió alguna vez la calma y se abandonó á violencias de lenguaje que su adversario evitó siempre; el uno se batía con la fogosidad del controvertista; el otro se defendía con la esquisitez política del gentil-hombre de casa grande.

Hay cosas que el mismo genio no puede suplir; el perfume de la alta aristocracia es una de esas cosas.

Venció Bossuet, y empleó en su triunfo una moderacion que restabló la calma; Fenelon se sometió con una humildad graciosa y una admirable sencillez de corazón, había algo de angelical en el bello carácter del arzobispo de Cambray.

Al pesar de sus grandes trabajos, Bossuet había gozado siempre de una salud robusta, pero hacia el fin de sus setenta y un años, sufrió los primeros ataques de la piedra, á lo que se unió al finalizar el año 1703, una fiebre que no le abandonó ya hasta sus últimos momentos. Aguardó la muerte con un aire noble y tranquilo. «Que la voluntad de Dios se cumpla,» dijo cuando conoció que se aproximaba su fin. La víspera de su muerte fueron tan vivos los dolores que experimentó, que todos los que estaban presentes eruyeron iba á exhalar el último suspiro, y le suplicaron pensase algo en los amigos que dejaba sobre la tierra; y que estaban consagrados á su persona y á su gloria. A esta palabra de gloria, el grande hombre que llenaba la Europa con el eco de su nombre, se incorporó sobre su lecho de muerte, y dijo con una grave y santa ironía: «Dejad esos discursos; pedid por mí á Dios el perdón de mis pecados.»

«Cuando era yo rey!» decía Luis XIV algunas horas antes de morir. Era esta la abdicacion del poder absoluto en el umbral de la tumba. Bos-

suet reconocía la vanidad de la gloria, ¡noble vanidad, sin embargo!

Murió tranquilo y sereno, sin convulsiones, sin agonía. El abad de San Andrés le cerró los ojos diciendo: «¡Dios mio, qué de luces apagas, y qué brillante lumbrera de menos en vuestra Iglesia!» Bossuet tenía setenta y seis años, seis meses y diez y seis dias.

Este gran prelado cristiano, que ha dejado una fama que será eterna, era sencillo en sus gustos, había deterrado el fausto de su casa, y era enemigo declarado de la intriga, que despreciaba altamente; reconocido á los servicios recibidos, jamás olvidó á sus amigos, ni mientras vivían, ni después de muertos; empleaba su crédito para los unos, y daba á los otros lo que podían recibir, sus oraciones. Estaba sin cesar, aun en los últimos años de su vida, lo que no le impedía desempeñar fielmente sus deberes de pastor. En Meaux se paseaba muy poco y no hacía visitas, porque nadie conoció jamás mejor que este grande hombre el precio del tiempo. Se refiere que un dia que se hallaba por casualidad en los jardines de su palacio episcopal, preguntó por decir algo á su jardinero, cómo podaba los árboles frutales. El jardinero, cuyo corazón estaba afectado por la indiferencia de su señor en materia de jardinería, le respondió con tono brusco é incomodado: «¡Mucho cuidareis, verdaderamente, de vuestros árboles, monseñor! ¡Si yo plantase San Agustines y San Gerónimos, los vendríaís á ver, pero ninguna pena os tomáis por vuestros árboles!»

Se ha preguntado frecuentemente, y se pregunta todavía, por qué un hombre que fué un genio, no se vió elevado al rango de príncipe de la Iglesia. La Bruyere ha contestado de antemano á esta pregunta: ¿qué necesidad tenía Benigno de ser cardenal?

CONVERSACIONES CON MI HIJA,

SOBRE LA QUÍMICA ELEMENTAL Y SUS APLICACIONES.

En el antiguo y sabio Egipto, se transmitió la ciencia de padres á hijos. Yo quiero hacer lo mismo contigo, mi buena Maria; tendré cuidado de no cansar tu imaginacion, y de no presentarte mas que hechos desnudos de todo acompañamiento de hipótesis pretenciosas, que frecuentemente oscurecen la comprension. De este modo espero, reconciliarte con la química, que como la generalidad de las gentes, apenas te atreves á mirar; como si fuera una ciencia árdua, bárbara ó abstracta, y muy por encima de tu inteligencia.

Es verdad que en otro tiempo, cuando apenas merecía el nombre de ciencia, comunmente no era practicada sino por los filósofos y charlatanes, que tenían un modo de enseñar misterioso, y que la habían conservado con los caracteres geroglíficos del antiguo Egipto, donde tuvo ciertamente su nacimiento en tiempo de Hermes, que probablemente existió antes del diluvio. La civilizacion parece, en efecto, haber seguido el movimiento del sol; ha marchado de Occidente á Oriente: la China, la India, el Egipto, la Grecia, el imperio romano, etc.

Antes de constituirse, oscila la ciencia ordinariamente entre la teoría y la práctica. Tres épocas la dominan: en la primera la inteligencia observa los hechos, y está libre de las trabas de la supersticion y de las preocupaciones sistemáticas. En la segunda, el pensamiento domina el campo de la esperiencia, para reforgarse en el dominio de la especulacion, mística y sobrenatural. De ahí el origen de tantas doctrinas fantásticas de los adeptos del arte sagrado y de la alquimia.

En la tercera, que es la nuestra, la luz parece venir después de las tinieblas, la razon se manifiesta rodeada de formas severas y de pruebas suficientes para convencer.

Nuestros poetas y nuestros anticuarios químicos, han registrado todos los rincones de la historia sagrada y de la historia profana, se han apoderado de las fábulas más antiguas, que por esfuerzos humildes las han desviado de su verdadero sentido para aplicarlas á su objeto.

¿Qué era, según ellos, el Vello de oro que dió origen al viage de los Argonautas? Un libro escrito en piel, que enseñaba á hacer oro por medio de la química.

¿No han tenido alguna razon en encontrar esta ciencia en la fábula de Esculapio, que *evuelve la vida* á los muertos; en la de Júpiter, *transformado en lluvia de oro*; de Gorgona, que *lapidifica* todo lo que ve; de Midas, á quien Baco concedió el don de *convertir en oro* todo lo que tocaba; del fénix que renacia de sus cenizas, etc., etc? Los antiguos griegos admitían la indestructibilidad de la materia, sobre la que descansan hoy las doctrinas fundamentales de la química. Admitían cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego, los cuales entraban en la constitucion de todos los cuerpos.

En 1211, nació Roger Bacon, á quien se atribuye el honor de haber introducido la química en Europa. Sus manuscritos contienen la receta de la pólvora de cañon, que ha reemplazado al fuego griego, en la que entraban tambien el nitro y el azufre, y acaso un aceite volátil, así como un metal llamado potasio.

De esta época de la edad media datan realmente los alquimistas ó investigadores de la piedra filosofal, que pretendían transformar en oro y plata los metales más comunes.

Quisieron que se les distinguiese por el título especial de *filósofos herméticos*, de los filósofos vulgares, de los metafísicos profundos, de los Descartes, Newton, Leibnitz, etc. Se creían los filósofos por excelencia y los solos sabios; trataban su filosofía de divina, y miraban la química propiamente dicha como una ciencia indigna de ellos.

Los más célebres de los alquimistas fueron: Arnaut de Villanova, célebre médico, que, el primero, extendió el uso del aguarrate. Con razon se cree que descubrió con esto la piedra filosofal.

R. Lulle, nacido en 1255, fué su discípulo. Fué uno de los médicos más hábiles.

Basile Valentin, monge benedictino, nos ha dejado algunas obras. Isaac y Juan Isaac fueron sus contemporáneos.

Paracelso, discípulo de uno de estos últimos, cambió la faz de la medicina. Murió en 1541, se le ha llamado el monarca de los arsenicos. Sus obras son, en la mayor parte, poco inteligibles, lo mismo que seis mil tratados lo fueron, en los que está depositada la ciencia de la grande obra, como tambien se la ha llamado.

Nicolás Flamel, cuyas inmensas riquezas han hecho creer que poseía realmente la piedra filosofal. Para seguir el orden cronológico, hubiéramos debido colocarle delante de Paracelso (1).

(1) Nicolás Flamel era un pobre escribtor público, que vivía en la calle de las Natarías, cerca de la Iglesia de Saint-Jacques-la-Boucherie, (de la que hoy no existe sino la torre).

Refiere su historia en un estilo muy sencillo y natural, que basta á hacer creer en la completa verdad de sus asertos.

La casualidad le proporcionó la ocasion; compró á un judío un libro viejo dorado, cuyas hojas estaban farradas de cobre grabado al buril.

Empleó veinte años en estudiar aquella obra, pero no pudiendo lograr comprender sus emblemas y geroglíficos, hizo un voto á Dios y á Santiago de Galicia, y en seguida partió para España.

Aquí encontró un médico que le dió la explicacion de las principales figuras, y los dos volvieron á Francia. Al pasar por Orleans, Flamel perdió á su compañera.

De vuelta al domicilio conyugal, junto á la señora Peruelle, su esposa, hizo, en union con ella, muchos estudios que duraron tres años; por fin llegaron, como él dice, á desempeñar el magisterio.

El lunes 17 de enero de 1382, convirtió media libra de mercurio en plata muy pura, y el 25 de abril del mismo año, hizo oro con la piedra roja.

Después de estas trasmutaciones operadas, experimentó grandes temores sobre la discrecion de su esposa; pero tuvo la peneha, dice, de que era tan discreta como casta, y tiene la impertinencia de añadir que se diferenciaba en esto de otras muchas mujeres.

No habiendo tenido hijos, fundaron catorce hospicios en Paris en cuyo número debe contarse el Hotel-Dieu, y les aseguraron rentas; edificaron tres capillas adornaron y colmaron de donaciones siete iglesias.

Nicolás Flamel hizo pintar sobre el cuarto arco de cementerio de los Innocentes, entrando por la gran puerta de San Dionisio, las más verdaderas y escudadas contrasenas del arte, bajo los volos, sin embargo, de los geroglíficos, á imitacion del libro dorado del judío Abraham. Estas figuras sirvieron como dos caminos: el uno para conducir á la vida celeste, y el otro enseñando á todos los hombres «la via lineal de la grande obra».

De tal modo se ha amplificado la historia de Flamel y de su mujer, que se les ha supuesto á los dos el poder de prolongar la vida eternamente. Hubo viage-

En fin, Agricola, Ercker, Fuchs, Bernardo Palissy, Leblavus, Vanhelmont, Glauber, Becher, Boyle, etc., etc.

Estos hombres, la mayor parte extraordinarios, sus adeptos, y los que se arrastraban por sus huellas, por el misterio y el prestigio de que rodeaban sus trabajos, por las ideas cabalísticas y astrológicas que á ellos iban unidas, por su jerga mística, los caracteres raros y enigmáticos que representaban sus operaciones, han sido y serán para nuestros novelistas y nuestros cronistas un manantial muy fecundo de caplotar.

Los químicos de nuestra época se han mostrado muy severos con los alquimistas, á quien han mirado como impostores, ó como locos y visionarios.

Algunos años después, sin embargo, los progresos de la ciencia han modificado en algún modo este juicio. Hubiera habido pedantismo en negar que se haya poseído la piedra filosofal; solo nos es perdido hoy de ella.

Sea lo que quiera, los alquimistas han prestado grandes servicios á la química metalúrgica, porque sus infatigables investigaciones han traído el descubrimiento de un gran número de cuerpos y de la mayor parte de los metales.

En la segunda mitad del último siglo, una nueva era se preparaba para hacer de la química una ciencia real. Los fluidos aéreos que durante tantos siglos se habían sustraído á la investigación de los experimentadores, son recogidos, encerrados y estudiados como si fueran sólidos ó líquidos.

Priestley, en Inglaterra; Schéele, en Suecia; Lavoisier en Francia, se reparten la gloria de esta memorable época de las ciencias experimentales.

Lavoisier crea nuevas teorías, fundado únicamente sobre los resultados de la experiencia; para él el aire, el agua, el fuego, la tierra, ya no son elementos. Destruye la teoría de Stahl sobre el flogístico, que ha retardado tan largo tiempo los progresos de las ciencias; comprende el fenómeno de la traspiración, y por ahí hace conocer uno de los principales manantiales del calor animal.

El hacha revolucionaria de 1793 cortó la cabeza de este ilustre sabio, que tuvo la desgracia de ser asenista.

La víspera misma de su muerte recibió una diputación del Liceo, del cual fué uno de los más ilustres miembros. Esta sociedad científica tuvo valor para confiar á Bertholet, Lalande, Parmentier, Lebrun, Darcet y Vial d'Azir, la peligrosa misión de llamar oficialmente á la puerta de la Conserjería, para ofrecer á Lavoisier una corona de siempreveras.

Todas las ciencias naturales tienen lazos, y no son más que una. Es, pues, muy difícil definir la química.

Se puede decir que comprende la constitución íntima de los cuerpos materiales, y la unión que ejercen unos sobre otros. Ella penetra en su interior para aislar allí los principios que entran en su composición, y para reformar esos cuerpos ó componer otros nuevos. También puede decirse que es la ciencia de las sustituciones y de las transformaciones.

La física, por el contrario, no altera los cuerpos; comprende el estudio de sus propiedades *esteriores*.

Por ejemplo, las propiedades físicas del azufre son: su color, transparencia, cohesión, fragilidad, olor, gravedad relativa ó comparada á la de otros cuerpos, forma de su cristalización, virtud de producir la electricidad por el roce,

ros que pretensionaron haberlos visto en las Indias Orientales á principios del último siglo.

La vida de este pobre escritor, que poseyó inmensas riquezas más adelante, es un poderoso argumento de que se sirven los alquimistas.

Poramos que digan los secretarios de la filosofía hermética, la fortuna de Nicolás Flamel puede explicarse por las relaciones íntimas que tenía con los judíos, tan persiguidos en la edad media, y que alternativamente eran desterrados ó llamados, según el capricho de los reyes.

La historia de su libro de oro del judío Abraham, es acaso una alegoría para recordar el origen de su fortuna.

Carlos VI envió su relato á Flamel. Se sabe que la ciencia cabalística, las fantasmagorías de la magia, las operaciones alquimistas, se ponían en juego para distraer al desgraciado príncipe engañado.

de conducir ó esparcir por su masa esa electricidad, de conducir más ó menos el calor, etc., etc.

El estudio de sus propiedades químicas comprende: su acción sobre el aire en diversas temperaturas, y los compuestos que de aquí resultan; su acción sobre el mercurio, con el que se une á la temperatura ordinaria; sobre el hierro y el estaño ligeramente humedecidos; su acción, en fin, sobre todos los cuerpos de la naturaleza con los que puede formar nuevos cuerpos.

Se ve, pues, cuál es la estension de la ciencia que nos ocupa, cuál su importancia. Muy pocos se entregan á su estudio, ya porque ignoran su importancia, ya porque no tienen valor para abordarla; sin embargo, en el estado actual de nuestra civilización, cuando se ve á la medicina, la higiene pública, las bellas artes, la industria, las necesidades domésticas, la agricultura, las ciencias naturales, etc., reclamar continuamente su ayuda y su enseñanza, no tiene disculpa ignorar sus principios esenciales.

Se entienden hoy por *elementos ó cuerpos simples*, todos aquellos que no pueden alterarse en modo alguno sin aumentar su peso, es decir, todos los cuerpos de que no se puede extraer nada por los medios conocidos; por ejemplo, sometiendo el hierro ó el carbono (principio puro de carbono) á todos los experimentos posibles, no se obtiene nada más que hierro ó carbono.

Se conocen hoy cincuenta y cinco cuerpos simples, que aisladamente, ó unidos entre sí en diversas proporciones, forman todos los cuerpos que existen en la naturaleza.

OXIGENO.

Es un gas que forma próximamente la quinta parte del aire que respiramos y las ocho novenas del agua. Forma parte de casi todos los cuerpos que existen; de él dependen los fenómenos de la vida en los animales y vegetales; los fenómenos de la combustión, de la fermentación, de la putrefacción, etc., etc.

De todos los elementos que constituyen el mundo que habitamos, el oxígeno es, pues, uno de los más extendidos y de los que más importa estudiar.

Fué aislado y descubierto por Priestley, el año 1774, pero Lavoisier fué el que hizo conocer el inmenso papel que jugaba en la naturaleza. De ahí data la química moderna.

Es incoloro (acaso visto en una gran masa como el aire, presentaría como una débil coloración azul). Probablemente es inodoro. Es más pesado que el aire. Mantiene la combustión con una energía excesiva, porque un pedazo de hierro ó de zinc bastante delgado que se sumerja en él, teniendo en su estremidad un pedacito de yesca encendida, arde en este gas con una luz tan viva, que la vista no puede soportar su brillo. Los glóbulos fundidos penetran á menudo á través del vaso de vidrio en que se hace el experimento.

Una corriente de oxígeno dirigida sobre la llama de una lámpara, produce un rayo, cuyo calor es suficiente para fundir el cristal de roca, así como muchas piedras preciosas; la misma platina (1) parece que arde allí, despidiendo vivísima luz.

Cuando los animales le respiran, desprendido de todo otro gas, se acelera su circulación, parecen muy vivos y animados, y como subreaccionados. Se produce en sus pulmones una violenta inflamación que los desorganiza y causa la muerte. Mas adelante veremos que la respiración es una verdadera combustión.

Tiende á unirse á casi todos los demás elementos, y esta unión ha recibido el nombre general de *combustión*, que se verifica siempre con un desprendimiento de calor y de luz.

No ignoras, hija mía, que cuando enciendes una bugía ó carbon, se manifiestan esos fenómenos, y la bugía ó el carbon desaparece. No por eso desaparecen, porque nada se pierde en la naturaleza; pero se unen con el oxígeno bajo la forma de gas ó de vapor, que estudiaremos muy

pronto; y si se recoge este gas ó este vapor, se encuentra exactamente el peso del oxígeno y de los cuerpos con los cuales está unido.

El oxígeno ha sido llamado *aire de fuego*, *aire vital*, *aire puro*, etc. Vuélve á encender una bugía que se sumerja en él, con tal que queden algunas chispitas donde había fuego.

Todos los cuerpos de la naturaleza, pudiendo unirse con el oxígeno, han recibido el nombre de cuerpos combustibles, y estos, unidos con el oxígeno, han sido llamados cuerpos carbonizados ó oxigenados.

Dividense e los cuerpos carbonizados en dos clases: los de la primera tienen comunmente un sabor ácido más ó menos pronunciado, y hacen enrojecer muchos colores vegetales azules ó violados, especialmente el azul del tornasol (1). Se les ha llamado ácidos. Los de la segunda clase, que ordinariamente encierran menos oxígeno que los precedentes, hacen, por el contrario, lo más comunmente azular los colores que los ácidos han enrojecido; se los llama óxidos.

Un mismo cuerpo simple, puede, uniéndose en cantidades diversas con el oxígeno, formar muchos ácidos y muchos óxidos.

Al ácido que contiene menos oxígeno, se le da una terminación en *oso*, y al ácido que contiene más, una terminación en *ico*; por ejemplo, en el azufre y el fósforo, se dice en ese caso: ácido sulfuroso, ácido fosforoso; óxido sulfúrico, óxido fosfórico.

La manera de designar los óxidos es todavía más simple, porque se hace por un número ordinal. El plomo, por ejemplo, forma tres compuestos con el oxígeno: el menos oxigenado se llama protóxido, el segundo deutóxido, y el tercero trióxido.

Ve cuán simple es el lenguaje ó la nomenclatura moderna, que han fundado Gayton de Morveau, Lavoisier, Fourcroy y Bertholet. Cuando, por ejemplo, digo óxido de zinc, se comprende que este compuesto está formado de oxígeno y de zinc. En otro tiempo se le designaba bajo los nombres muy insignificantes de *Pomfalke nihil album lana filosofica*. Otros cuerpos recibían hasta seis nombres, que no hacían más que recargar inútilmente la memoria sin expresar su composición.

Hoy, la mayor parte de los compuestos que pueden ser descubiertos, tienen sus nombres asignados de antemano.

El oxígeno tiene poco uso. Se ha ensayado su empleo en los casos de asfixia.

(Se continuará.)

MISCELANEA.

ACEITE DE OLIVAS.—Un gran señor que le gustaba mucho la ensalada, mandó á todos sus arrendatarios y colonos que plantasen *nogales* en sus campos á fin de que jamás le faltase *aceite de olivas*.

TRES HOMBRES EN UNO.—Encargado un coronel de inspeccionar los quintos de una provincia de Galicia, mandó á un alcalde de uno de los pueblos que juntase los mozos en la plaza y los colocase de *tres en fondo*, anunciando que los pasaría revista, inmediatamente que tomase una friolera para almuerzo en casa de uno de los principales vecinos. En el momento en que se disponía á ir á la plaza á pasar la revista, recibió un mensaje del alcalde rogándole cambiase la orden dada, en atención á que por más esfuerzos que los quintos habían hecho, no habían podido conseguir el poner más que dos en fondo.

El hombre no había comprendido la expresión empleada por el coronel, y había creído que debía poner tres mozos colocados sobre los hombros unos de otros.

(1) Se halla en el comercio un pequeño panes de forma cúbica, de donde se extrae la materia colorante poniéndolos en infusión acuosa. Se preparan estos panes con el *liquen roscilla* ó con el musgo de Suecia, que se mezcla con la cal, la creta y la potasa.